



EN TEORÍA

Perfeccionamiento del profesorado

por José García Oliva*

A nadie se le escapa que la formación permanente del profesorado es una necesidad de primer orden. Sin embargo, el autor de este artículo sostiene que hay otra, tan imperiosa y urgente como la anterior: la «presencia permanente de infancia y juventud en el profesorado». Y propone la literatura infantil y juvenil como herramienta precisa para refrescar y actualizar ideas sobre los niños, su mundo y sus intereses.

No es una de mis aficiones favoritas el generalizar ni el clasificar a las personas en compartimentos estancos, aunque a veces termine diciendo «pues los no-se-qué son tal». Pero ahora voy a hacerlo de forma intencionada. Muy intencionada.

Entrando en materia

Me paro a pensar en cómo somos los maestros y maestras y creo ser capaz de formar dos grandes grupos: por un lado los que consideran a los niños y niñas futuros hombres y mujeres, personas encaminadas a crecer, a ser adultos y a repetir los roles establecidos, que hoy empiezan, afortunadamente, a confundirse; por otro, los que consideramos a nuestros alumnos y alumnas, personas completas en sí mismas, al menos completos en función de los años que han vivido hasta hoy y no en función de los que les quedan aún por vivir.

En el primer grupo de maestros, creo que hay que hacer una labor de recuperación de los que aún pueden ser rescatados, a los que podemos ha-



cer llegar y contagiar una idea de hombre más completa y compleja. En el segundo, hay que hacer una labor de mantenimiento y entretenimiento, que no se claudique en ese concepto rico de individuo que vale para sí mismo y para los demás, sin esperar a que responda como nosotros esperamos sino como cabe esperar en función del conjunto de características que lo define, entre ellas la edad.

Haré una pausa para aceptar que entre este «blanco y negro», probablemente hayan grises que valgan por medio. Pero sigo en las posturas separadas del principio, por realzar que en todo el espectro hay algo que hacer.

El gran problema con el que hay que luchar tanto en un caso como en otro, no es de ciencia-ficción pero lo parece: mientras que los maestros vamos envejeciendo, los alumnos mantienen su edad. Y no me refiero a grandes tacos de calendario, sólo a largos meses.

Cuando terminamos un curso el recuerdo más inmediato es el de los niños al final del mismo. Muchas veces la escuela se encarga de que al final los niños sean menos niños que al

principio de curso: hay un recorte de espontaneidad, una dirección en los intereses, unos objetivos del sistema impuestos a los objetivos infantiles, etcétera.

Por fortuna, los antídotos funcionan muy bien en las vacaciones ya que con ellas recuperan gran parte de su naturaleza. Al empezar el nuevo período escolar, pensamos eso de que «hay que volver a encarrilarlos»; volvemos a tomar las tijeras de podar.

Insisto en que algunos no lo pensamos, algunos intentamos continuamente tener presente la idea de niño y niña, de joven, en la que creemos.

Pero es difícil: los programas al empezar el curso pesan y pesan; las necesidades de las normas mínimas de convivencia; el calendario, la jornada, el horario; el uso «disciplinado» de materiales e instalaciones... y, insisto en ello, el recuerdo del último fin de curso.

De toda esta entrada, y ahí quería llegar, se desprendería una necesidad. Además de la que ya se está superando, la necesidad de formación permanente del profesorado, entiendo la necesidad de infancia y juventud

permanente en el profesorado. Y creo que estamos ante la herramienta precisa: la literatura infantil y juvenil.

Tras la formación inicial del profesorado, y su incorporación al mundo laboral (cada vez más difícil), el niño pasa a ser el protagonista de su quehacer diario. Empieza siendo el niño, el joven, un todo alrededor del cual el maestro, el profesor de medias, va a girar en los sucesivos años.

Pero ese todo que empezó siendo, irá asumiendo distintos calificativos y diferenciándose en partes: el niño-aprende, el niño-problema, el niño-aprueba-suspende, el niño-maltrata, el niño-maltratado, el niño-programa-no-me-da-tiempo...

Y terminamos olvidándonos del niño. Y se termina olvidando al joven. Y se empieza a ver lo que deberían ser, lo que queremos que sean, no lo que son.

Por ejemplo, ¿nos queda suficientemente fresca la ansiedad que trae consigo todo el proceso de la adolescencia?

De una manera increíblemente jocosa la podemos recordar en *Malos tiempos para fantasmas*,⁽¹⁾ de una

forma descarnada está recogida en *Una familia casi normal*,⁽²⁾ a mitad de camino, e igualmente válida en *Rebeldes*.⁽³⁾

Otro ejemplo. ¿Qué pasa con los miedos infantiles, nos acordamos de los nuestros propios, se tiene miedo a algún maestro...? Con *Plop, el búho que tenía miedo a la oscuridad*⁽⁴⁾ nos lo podemos pasar muy bien; con *Un puñado de miedos*⁽⁵⁾ casi mejor; y si sabe a poco, uno de los cuentos de *El misterio de Buster Keaton*,⁽⁶⁾ nos lo deja planchado.

Leyendo literatura infantil y juvenil, el maestro, el profesor, no sólo va a tener claro qué es un niño, cómo es un niño, sino además cuáles sus intereses, su mundo, que en ningún momento tiene que ser el nuestro, por muy profesionales de la educación que seamos: son mundos distintos que durante unos periodos tienen que ser compatibles.

¿Cómo acceder a esa literatura desde el puesto de educador?

Entrando de pleno con lo que serían los caminos, veamos qué posibilidades tenemos de llegar a esta herramienta tan válida como un tratado de psicopedagogía, unas técnicas de dinámica de grupo o un manual de dificultades en el aprendizaje.

Las revistas específicas

De un tiempo a esta parte, aparecen en el mercado algunas revistas exclusivas del tema que tratamos. El porqué puede deberse a cuestiones de negocios editoriales o, en el mejor de los casos, a sensibilización por parte de algunos profesionales «del ramo». El hecho es que están ahí y además son buenas.⁽⁷⁾ Generalmente incluyen comentarios de libros de reciente publicación, clasificados orientativamente por edades o etapas lectoras. También muchas publicaciones periódicas sin mayor aproximación a la literatura infantil y juvenil, hacen paradas de vez en cuando y comentan

algún que otro hecho literario o libro recibido en la redacción. Hay que aprovecharlo.

Pero a su vez hay que ser críticos; en muchos de estos comentarios puede aparecer la sinopsis editorial reseñada en la contraportada que cuenta un poco del contenido. No es eso de lo que hablamos.

Necesitamos reflexiones críticas sobre la literatura en general y de los libros en particular, para contrastar nuestras experiencias con las de otros y conocer esos puntos de vista a los que no llegamos o no hemos caído.

Libreros y bibliotecarios

El educador debe ser un profesional de la observación. Al igual que él existen otros dentro de este campo. Un bibliotecario que pasa horas haciendo fichas de los libros que se retiran, que observa el resultado de las últimas compras hechas, que, en el mejor de los casos, organiza actividades y sabe cómo responde el público joven, es un cronista importante que nos aportará una información preciosa.

Por otra parte, y sin que olvidemos su papel de comerciante, el librero tiene unas posibilidades de comparación óptimas. Algunos se meten en «fregados» y van mucho más allá de la venta indiscriminada de volúmenes.⁽⁸⁾ Tienen toda la oferta editorial delante y, si no se limitan a vender, saben los poderes de cada colección y de qué pie cojea cada una.

¿Cuál es la relación librero-bibliotecario-educador actualmente? Es algo a fomentar, sin duda.

Las editoriales y sus embajadores

Tres embajadas han montado las editoriales últimamente: los folletos, los libros-guías y los representantes. Todas podrían dar más de sí, pero hay que exigirselo.

Por un lado, los folletos no deben limitarse a fotografiar las portadas de sus novedades, a contarnos algo de las historias y a decirnos el tamaño y pre-



cio. Podrían ofrecer datos críticos sobre sus colecciones, por qué las dirige tal o cual persona, en qué se han basado, cuáles han sido los criterios para elegir los autores (¿o no suelen tenerlos?), datos sobre estos autores y sobre los ilustradores... Algunas ya lo cuidan.

Por otra parte, los libros-guías que se están elaborando para «sacar más provecho» de algunos títulos o de toda una colección, generalmente satisfacen lo que los educadores demandamos, que es el problema del maldito rendimiento: listas de actividades para rentabilizar el producto. También alguna editorial ha pensado de forma distinta.⁽⁹⁾ Y es que los enseñantes tenemos mucho que aprender.



Numa Pompez

El tercer embajador editorial suele venir con corbata y estrechando manos. Está bien, pero sabe a poco: su oficio es vender aunque no crea en el producto. Cuando a veces hacemos una pregunta de contenido sobre lo que nos ofrece, no se le conoce una respuesta rápida y satisfactoria. Es más, por aquí debería ir su mensaje: descubrírnos aquello a lo que no tenemos acceso de entrada con el folleto, el libro-guía o el volumen en cuestión. Igual estaría bien el concertar entrevistas con anterioridad con el colectivo de maestros de un centro o con el responsable de la biblioteca, para una charla pensada y productiva, y no una interrupción a quemarropa a mitad de mañana. ¿Podría ser?

La autoformación del profesorado

Dentro de los mecanismos de formación permanente del profesorado, hay algunos que se prestan en gran medida a cultivar este campo: los grupos de trabajo y los seminarios permanentes. Esto es, bien apoyados por un programa oficial o por el Centro de Profesores más cercano (o por ambos, que es lo mejor), un grupo de educadores se sientan alrededor del tema y van dando pasos hacia adelante. Estaría bien que, como en el caso de huertos escolares o deportes en la escuela, alguien se encargara de apoyarlos un poco más, de recoger un listado de los distintos grupos existentes y los pusiera en contacto, de facilitarles materiales, asistencias más

precisas, etc. Además de que para estos casos el profesor utiliza su tiempo libre, no se siente muy mimado y sienta bien todo detalle que se tenga con él.⁽¹⁰⁾

Otras vías de formación

Además de la vía individual a base de bibliografía específica (¿para cuándo un buen listado en todos los CEPS?), observación y experimentación propia, hay que contar con todas esas actividades que, organizadas por distintas instituciones, nos arrojan datos, materiales y vivencias con los que seguir adelante de manera actualizada y de calidad.

Así por ejemplo, los cursos de animación a la lectura que se organizan en los CEPS, las ferias del libro de ayuntamientos y comunidades autónomas, actividades de bibliotecas y librerías, presentaciones de libros, encuentros con escritores e ilustradores...

Los libros por sí mismos

Por último, y evidentemente sólo como cuestión de orden y no de importancia, la biblioteca propia.

La generación de profesores actuales en activo no tiene un pasado rico en literatura infantil y juvenil y, lo que es mucho peor, no se vio muy envuelta en el noble «vicio» de leer. De hecho, hay mucho educador que no lee con la frecuencia que cabría esperar. Por aquí probablemente empiece todo. Bien por la biblioteca del centro, bien por la biblioteca de aula (tan poco frecuente), o bien por la particular, el profesor debería conocer lo que se supone que quiere que lean los alumnos, porque con ello, y así volvemos al principio del artículo, puede refrescar lo que ellos son, lo que ellos esperan de los libros y lo que ellos esperan de nosotros.

Oros y oropeles

Podría interpretarse de este artículo que todo lo que hay en literatura



infantil y juvenil en el mercado está bien, que todo lo que se haga con buena intención para fomentarla es bueno.

No es así. Hay que tener en cuenta algunas apreciaciones:

No hay que leer con «ojos de mayor» obras para pequeños, pero sin duda hay que ser críticos ya que algunos libros son muy desafortunados, bien por ellos mismos, bien por el su-

puesto público al que creen ir dirigidos. En este sentido hay que tener mucho cuidado con las recomendaciones de edad que facilitan las editoriales, y con manifestar a los chicos dichas recomendaciones. Nadie mejor que nosotros sabe el nivel de «recepción» de cada uno y que no se puede generalizar la edad cronológica con la edad lectora.⁽¹¹⁾

La estética de una biblioteca no está

en su forma exterior sino en su contenido. Por ello, nunca será motivo una compra de libros por el formato y el lomo; menos aún por el precio: hay que cuidar la relación calidad-cantidad y no amontonar libros por cantidades si no se ajustan a calidades.

Entrar en un comentario de un libro que no se ha leído, que sólo se conoce por referencias. Se puede estar patinando.

Y por último, crear expectativas y no satisfacerlas: tras un trabajo de animación lectora, debe haber una buena oferta literaria que una vez iniciado el hábito lector, los mantenga y potencie.

Pero sobre todo, saber para qué se lee, por qué se lee. Si alguien aún tiene dudas, que repase los números atrasados de esta misma revista. ■

*José García Oliva es vicecoordinador del CEP de Jerez de la Frontera (Cádiz).

Notas

1. W.J. Wippersberg, *Malos tiempos para fantasmas*, Col. Austral Juvenil, Ed. Espasa Calpe, Madrid.
2. P. Barreno, *Una familia casi normal*, Col. Vía Libre, Ediciones B, Grupo Z, Barcelona.
3. S.E. Hilton, *Rebeldes*, Col. Juvenil Alfaguara, Ed. Alfaguara, Madrid.
4. J. Tomlinson, *Plop, el búho que tenía miedo a la oscuridad*, Col. Las Campanas, Ed. Miñón, Valladolid.
5. C. López Narváez, *Un puñado de miedos*, Col. Catamarán, Ed. S.M., Madrid.
6. M. Obiols, *El misterio de Buster Keaton*, Col. Austral Juvenil, Ed. Espasa Calpe, Madrid.
7. Revistas específicas como *CLIJ*, *Primeras Noticias*, y Publicaciones del Ministerio de Cultura.
8. Muestra del Libro Infantil y Juvenil de Jerez, organizada por la librería Alternativa de esta ciudad.
9. J. Cela y M. Fluvà, *Sugerencias para una lectura creadora*, Ed. Aliorna, Barcelona.
10. Seminario Permanente de Literatura Infantil y Juvenil, CEP de Jerez, plaza de las Angustias 1, 11402-Jerez de la Frontera, Cádiz.
11. Creo desacertada la recomendación de *El corazón del sapo* de Germán Sánchez Espeso, (Col. Luna de Papel, Ed. Anaya) para 10 años, por ejemplo.